

Reseña de / Book Review of: Naranjo Orovio, Consuelo y Puig-Samper, Miguel Ángel (eds.), *Color, raza y racialización en América y el Caribe*, Madrid, La Catarata, 2022, ISBN 978-84-1352-466-5, 336 pp.

Elena Hernández Sandoica

Universidad Complutense de Madrid, España / elenahs@ucm.es

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-4889-945>

Incluso inscritos en democracias, vivimos en sociedades cuya estructura se despliega y desarrolla en modos segregadores (*identitarios* solemos llamarlos, con razón o sin ella) de clasificación y jerarquización, una serie muy larga de compartimentaciones y discriminaciones —nunca desinteresadas— de unos seres humanos hacia otros basándose en su aspecto, su conformación física y sus usos de lenguaje. Comportamientos y actitudes, relaciones y juicios, se rigen con frecuencia por el color de la piel y otras características físicas específicas. El lenguaje corriente y —más determinantes— las acciones jurídico-legales son los soportes de maneras diversas, inequitativas y discriminadoras siempre, de hacer mundos cerrados con atribución de distintos valores y escalas de poder.

Nadie puede negar que así viene operándose desde hace siglos, y que, a pesar de su aparente desconexión con el viejo concepto de *raza*, ya devaluado si no obsoleto, la extensión de significados raciales a colectivos, relaciones o prácticas sociales muy diversas y bien extendidas sigue hoy formando parte de nuestra realidad. Así lo muestra clara y detalladamente uno de los trabajos incluidos en este volumen, el de Jorge Duany sobre «La racialización de los latinos en los Estados Unidos». Atento este sociólogo cubano-estadounidense a destacar las múltiples formas de desigualdad, subordinación y segregación producidas —y siempre matizando jerarquías, según origen y agrupación de los distintos colectivos nacionales—, Duany subraya la persistencia de un común estatuto de inferioridad de todos los latinos respecto a los blancos anglosajones y enuncia el cúmulo de sus connotaciones negativas.

Así, cuando discursos y prácticas cotidianas y segregadoras brotan de un espeso sustrato de desigualdad y descalificación —y, en consecuencia,

nos hablan de la reafirmación de privilegios de quienes dominan, aun de modo insensible—, daremos por sentado que las ideas de *raza* y *color* como barreras no han dejado por un momento de estar presentes, ya lo hagan de manera sutil o subrepticia, envuelta en lógicas de ocultación o, por lo general, de manera ostentosa y prepotente, deliberadamente excluyente y ligándolas a la pobreza, condenatoria en suma. No en vano Aline Helg, en uno de los artículos de esta obra colectiva (*Color, Raza y Racialización...*) en que se hace más explícito el compromiso de los autores, aborda ese «sustrato profundo en que se cimenta y reproduce la desigualdad en América Latina y el Caribe», un fondo espeso que vino a ser denunciado por la CEPAL cuando acuñó el término de «cultura del privilegio».

Los editores de este volumen colectivo que aquí comentamos, Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper, han querido volver una vez más sobre el inmenso cauce de los procesos de subordinación y la variedad de manifestaciones de esta índole que recorre la historia de Occidente y que dio forma múltiple a esa *cultura del privilegio*, un largo tránsito que aún se basa (y desde su comienzo se basó) en la idea proteica de *raza* para crear un sistema tras el choque complejo y disruptor de las poblaciones europeas con otras culturas, en el caso que nos ocupa todas ellas en el Nuevo Mundo. En términos generales, lo llamamos *racialización*, englobando en el término las manifestaciones de cuantas relaciones de dominación y discriminación han ido salpicando y tiñendo la política bajo atribución de significados raciales, así como la sociedad, la economía y la cultura en toda su extensión.

Fue en su día la ciencia positiva la que jugó el papel determinante en la definición y puesta en práctica de esa clasificación de los seres humanos según distintas razas —un concepto que, no por más devaluado y condenado en su acepción actual, se halla erradicado del diario comportamiento de los más—, y serían las políticas llevadas en su nombre y con sus argumentos las responsables de sus nefastas consecuencias. A pesar del desprestigio científico del término, no valdría negar que la vida diaria está racializada —con más o menos fuerza—, y que las consecuencias de ello están tan extendidas que exige convicción escapar de ello. Sus argumentaciones son a veces tan retorcidas e impensables que no hubieran debido merecer crédito, pero su plasticidad y capacidad de adaptación a situaciones distintas logran reproducir con éxito estereotipos y discriminaciones, y lejos de permitir la aplicación de rígidas plantillas, obligan a quienes se enfrentan al fenómeno a sumar aproximaciones plurales y de amplio foco, inseparables de un

esfuerzo crítico y una intención moral. De ese firme propósito da fe un libro colectivo como es este.

Concentrándose en el Caribe, Circuncaribe y lo que en el título se denomina «América» —en referencia solo a los Estados Unidos—, el hecho colonial en su conjunto, sus desarrollos y contexto científico, son abordados desde perspectivas muy diversas en trece estudios que se suman a los de los propios editores e introductores del volumen. La esclavitud negra es, como parece obligado, el eje en torno al cual pivotan muchos de estos textos sobre la construcción del concepto de raza y su imposición política, social y cultural, con una significativa presencia del hecho religioso en cuanto se refiere al Antiguo Régimen. Atravesados, tanto el término mismo como su praxis y variada representación, por determinaciones o condicionantes de género, de clase, de estatus social y de situación o localización, la idea de raza habría venido a servir, con total eficacia y capacidad de adaptación a realidades diferentes, para justificar todo tipo de desigualdades y jerarquías sociales, performativas de exclusión o segregación, y que, interiorizadas por los propios sujetos de la discriminación, contribuirían acaso a la aceptación subjetiva de una inferioridad que llegarían a creer real. Una inferioridad impuesta, sin embargo, por el poder de ideas de rechazo y exclusión garantizadas en su triunfo por la fuerza impositiva del color de piel *blanco*, deseable por encima de todo para aquellos que no lo poseyeran, un color que justificaría el dominio de aquellos sobre los *no blancos*, por tratarse de un color *superior*. No tenerlo incluso, ser de cualquier otra piel *diferente* —y especialmente en referencia al *negro*, color opuesto y en el otro extremo—, podría conllevar la mancha del *pecado original*...

Tal era el desarrollo alambicado que en sus sermones desgranó el padre Antonio Vieira, destacado jesuita portugués, para justificar la oportunidad de operar racialmente en el imperio atlántico de Portugal, legalizando así la esclavitud de los negros, que vendrían a salvarse precisamente a su través como hijos de la Virgen del Rosario, llave de la purificación del alma del esclavo, tan negra como su piel. Como estudia el sociólogo histórico Dale Tomich en su detallada aportación al conjunto —de gran valor porque introduce muy adecuadamente la historicidad de la idea—, se trataría aquel de un concepto de raza que no se apoya aún en la biología sino en la teología, y que por ello es más débil seguramente en sus premisas (solo los negros esclavizados se salvarían, y en consecuencia sería así la esclavitud un bien, no una condena).

Vieira acabó pasando ante la Inquisición, y ello revela la escasa fortaleza de argumentos teológicos como el suyo, pero con ello no se agotan desde luego los enfoques de tipo moral, como demuestra en otro de los trabajos aquí incluidos el historiador italiano Giuseppe Patisso, quien recorre detalladamente el reglamento para esclavos de Federico V de Dinamarca, publicado a mediados del siglo XVIII. Destaca, a lo largo de ese recorrido normativo, la reacción negativa de los propietarios de esclavos ante cualquier concesión a unos seres que ellos consideraban por su naturaleza «malvados», maldad que a su entender evidenciaba el color de su piel.

Otros estudios van centrados en discursos y narrativas. Así el de Heather Cateau, dedicado a estudiar la construcción «que convirtió a los africanos en esclavos» en el Caribe británico, a través de los inventarios de esclavos, reelaborando la pregunta que ya planteó Eric Williams: ¿cómo es que fue posible que una minoría sometiera por tanto tiempo, con éxito, a una mayoría? Y la respuesta, ya en los años sesenta del siglo XX, vino de inmediato: «mediante la degradación sistemática y los esfuerzos intencionados para suprimir su inteligencia». Muy recientemente, a propósito, H. Beckles llama a este proceso, largo y brutal, «terrorismo racial». De todo ello hablan los inventarios, y desde la segunda mitad del siglo XVIII, pero sobre todo a lo largo del siglo XIX en su totalidad, y aún en el primer tercio del XX, la ciencia positiva forjaría un andamiaje muy complejo para conseguir afirmar la diferencia e inferioridad entre los seres de un color u otro.

Miguel Ángel Puig-Samper y Consuelo Naranjo afrontan y desgranar el peso decisivo de la medicina colonial, francófona y anglófona principalmente, como conformadora de un catálogo amplio de especificidades ligadas a las diferencias externas constatables: catálogo de enfermedades propias de los negros como supuesta muestra de su inferioridad, y en especial, atribuciones de malignidad en las mujeres. Un caso muy notable, el del envío de cráneos de negros para coleccionar, al antropólogo de Filadelfia Samuel Morton por parte del médico cubano Rodríguez Cisneros, ejemplifica y particulariza alguno de los aspectos más sórdidos de la puesta en práctica racializadora de la profesión médica. A su vez, el historiador de la medicina y de la ciencia José Luis Peset ofrece un recorrido de amplio espectro por los discursos de la frenología y la antropología positivista, que él bien conoce, llevando el hilo de la narración hasta principios del siglo XX no solo a través de sociedades y agrupaciones científicas, sino también de desarrollos habidos fuera de ellas, en un constante y pertinaz esfuerzo por difundir y contrastar la variedad de posicionamientos constitutivos del

pensamiento que se consideró científico en aquel largo periodo. A través de razonamientos que hoy acaso nos causan perplejidad, veremos enredados obsesivamente a los impulsores de la aplicación práctica de aquellos supuestos, en una combinatoria abrumadora de diferenciaciones y jerarquizaciones físicas y morales de los sujetos humanos según su cráneo y su color.

Así, quizá venga bien al lector saltarse el orden de las lecturas, y a continuación de este artículo abordar de manera inmediata el trabajo del paleoantropólogo del CSIC Antonio Rosas, quien bajo el título de «La diversidad humana y el racismo a la luz de la biología contemporánea», aborda a su vez el concepto de raza en la perspectiva global de la ciencia actual (biomedicina, paleogenómica, antropología de hoy, inspirada por la biología molecular...). Desmontando, como hace el autor, el viejo concepto de raza a partir del Proyecto Genoma Humano —cuando sabemos ya que los seres humanos somos idénticos en altísimo grado respecto al ADN y que, en consecuencia, hablar de razas carece de base genética, por lo que las diferencias entre los individuos de la especie humana deberían abordarse de modo muy distinto al derivado, perversamente, de aquella errónea noción—, podríamos reparar un momento y llegar a convenir en la necesidad de reducir al máximo, a través de un esfuerzo colectivo de democratización, la inercia irracional de la racialización.

En esta dirección, bajo el título de «Democracia racial, mestizaje y cultura del privilegio en la historia de América Latina», la historiadora suiza Aline Helg aborda un seguimiento muy completo de las diversas operaciones sociohistóricas de «negación del otro», que han ido creando en los diversos países extensos fundamentos culturales de desigualdad y segregación, estructuras permanentes y sólidas difíciles de erradicar. Raza, etnia y acaso religión —en diversos momentos y situaciones— configuran con fuerza sociedades como las latinoamericanas que, lejos de aquella inclusión que imaginó Gilberto Freyre en su idea de la *democracia racial* (muy bien enunciada y valorada aquí por A. Helg), hacen que impere en cambio desigualdades progresivas y crecientes, riadas de segregación y subordinación con breves periodos de excepción, si acaso. La discriminación racial es actualmente definida y así reconocida en su dimensión de explotación de seres humanos, y la pandemia de Covid no ha hecho más que agravar la situación, reforzando en el área aún más la identificación entre *blancos* y *privilegiados*.

La venezolana Roraima Estaba, a su vez, inserta una clave distinta de aproximación a través del estudio del Circuncaribe hispano, específicamente

Cartagena, Caracas, Panamá, Portobelo y Cartago entre finales del siglo XVIII y las dos primeras décadas del XIX. Ahí localiza la autora «gentes híbridas», de color «quebrado», sin que existiera la polarización extrema de otros lugares entre blancos y negros, pero sin que ello ahorrara tampoco la existencia de tensiones internas a dicha población, y siempre con el referente del blanco como modelo al que aspirar. Pero allí también localiza algo que nos devuelve al viejo modelo: la expiación del «pecado» de ser negro, su *mancha*, a través de la esclavitud. La autora destaca igualmente la dificultad inherente de asumir una identidad colectiva en torno al origen africano, porque ello implicaría en su caso asumir la discriminación. En sus propias palabras, «el verdadero éxito del discurso colonial consistió, paradójicamente, en haber socializado sus valores entre los propios sectores subalternos —a quienes pretendía excluir—, naturalizando al blanco como ideal social y legitimando esa relación desigual de poder y dominación» (p. 209). No obstante, a esos seres de color *quebrado* les sería negada la ciudadanía.

En torno a la ciudadanía gira asimismo el trabajo de María del Carmen Baerga, referido esta vez a Puerto Rico. A través de un estudio normativo de la legislación, muestra la autora cómo las disposiciones sobre trabajo libre, que incluían registros detallados a través de una libreta siguiendo pautas de racialización, justifican de hecho la existencia de la esclavitud. Y cómo, una vez más, la noción de «pecado» adherida a la piel de los jornaleros negros acabaría igualmente por negarles aquel derecho sustancial mediante un duro reglamento que los condujo en la práctica hacia esa esclavitud: el trabajo en el campo —cercano al del esclavo en sus condiciones y exigencias— *deshonraba* en efecto a todo aquel que lo practicara.

Es la obra literaria, por otra parte, el objeto de la investigación —esta vez en la línea de los estudios culturales que cruzan género, negritud y remembranza—, de la también puertorriqueña Myriam Moise a propósito de la novela *The Polished Hoe*, de Austin Clark. Su trabajo, titulado «Crimen y esclavitud», es una elaboración crítica interseccional en la que una historia de ficción (el relato retrospectivo de dolor y violencia extremados que hace la esclava Mary-Mathilda, asesina de quien fuera su amo y violador, finalmente desvelado como padre también) es cuidadosamente desanudada y recreada para recomponer su trama en torno al trauma de la esclavitud, la subordinación femenina y el silencio. Asimismo, Bárbara Abadía-Rexach, ella misma militante antirracista y negra, a partir de un extenso panorama sobre teorías de la raza y sus aplicaciones concretas, ofrece dos estudios de caso femeninos basados en la oralidad, de dos puertorriqueñas —una adulta y la otra niña—,

de nombre Adolfina Villanueva (1980) y Alma Yariela Cruz (2016), para mostrar la persistencia del racismo y sus hondas intersecciones de clase y género. Racializadas como «no blancas», la autora aborda a través de su palabra procesos subjetivos que Abadía-Rexach rotula como «endorracismo», *auto-racismo*, interiorización del racismo y auto-estigma racial.

La colombiana Andrea Guerrero-Mosquera apunta a recordar la importancia de las representaciones visuales de la diferencia y el carácter extremo de extrañeza (lo *monstruoso*) que produjo el albinismo en dos casos de negros albinos que en su día fueron famosos (*blancos-blancos* nacidos de padres negros) en Cartagena de Indias. Recoge la autora la atención que esos casos recibieron de parte de Alonso de Sandoval y de José Gumilla, ambos jesuitas. Se trataba, en 1620, del caso de Francisco, un niño albino de unos siete años, y más tarde el de otras tres niñas que afrontan, en aquellos escritos, la imputación tentativa del origen (africano) como signo indudable del color de la piel, dando lugar a una única identificación entre el lugar de procedencia y el color (por fuerza *negro*), a pesar de lo cual aparecía distorsionante, y por sorpresa, el *blanco*...

Y también Agnes Lugo-Ortiz, especialista en cultura visual, repara en lo extraordinario y *monstruoso* a través de las imágenes del *Libro de los Peces*, un clásico cubano obra del portugués Antonio Parra, que a finales del siglo XVIII concluye sus preciosos dibujos de las variedades de peces que conoce con un ejemplar humano, desconcertante, que él (autodidacta) no ha sido capaz de clasificar, pero que dibuja cuidadosamente incluyéndolo entre lo que debería conocerse. Se trataba de un negro, el que fuera cochero Domingo Fernández, afectado de una hernia inmensa, «monstruosa», contraída seguramente a base de una desmedida explotación. Exhibía sin recato una deformidad sin cura aquel pobre afectado, una exhibición que Parra quiso registrar visualmente, y cuyos efectos racializadores resultan para la autora del estudio tan obvios como humillantes, entendiéndolo la divulgación de esa «curiosidad» y *diferencia* como un adelanto de la idea de «degeneración» racial y una vía de reafirmar la explotación.

Un conjunto de estudios, en definitiva, cuyo orden en el volumen no he seguido aquí estrictamente en mi comentario y que, en su totalidad, son muestra plural de aproximaciones de método y enfoques teóricos sugerentes y distintos, representativos todos ellos de líneas sólidas y prometedoras de exploración en curso —las más de ellas al amparo de una serie de proyectos de I+D+I nacionales y europeos—, y que sin duda están llamados a prolongar en el tiempo su seguimiento y difusión.